

Entrevista con Vázquez Díaz

"Manolete -dice- se encargó un traje tabaco y oro, expresamente para complacerme a mí"



En su estudio de María de Molina, cerca de Diego de León, Vázquez Díaz pasa su vida de continua inquietud, como los años más jóvenes.

El mismo nos abre la puerta, asomando primero la gorra de terciopelo negro, vuela, muy parecida a las que usaron Wagner y Rubén Darío. Tiene puesto aun un guardapolvo manchado de colores. Mientras caminamos por el pasillo vamos viendo los mismos cuadros que hemos visto ya en otras visitas. Son los retratos de los hermanos Baroja, de Adriano del Valle, de don Alfonso XIII y otros muchos que están mirando a la pared, como "La cuadrilla de Juan Centeno" y "Don Francisco en el sillón rojo".

Entramos en el mismo "hall" de siempre, que tiene los mismos muebles y los mismos cuadros. Nos sentamos en la misma butaca, desde donde se ve el mismo jardín descuidado que ahora, en otoño, tiene un aire de jardín de nanciscanos.

Fumamos un pitillo y hablamos de muchas cosas ajenas a la entrevista. Hablamos, como siempre, de don Pío Baroja, porque Vázquez Díaz sabe de mi amistad con el novelista, y yo sé también de su admiración, que no deja pasar un año sin pintarle un nuevo retrato, para agregar a la gran colección que ya tiene de cabezas de don Pío.

No quiero hoy preguntarle por opiniones de nada ni de nadie. Quiero únicamente hacer la entrevista sin desviarme de él, sin salirme de su persona.

Y, por eso, lo primero que le preguntamos es por el empleo de su tiempo.

—Desde que empieza la primavera trabajo intensamente, labor que no interrumpo hasta que el frío de diciembre me inutiliza totalmente. En estos ocho meses mi labor diaria empieza muy temprano. Me levanto a las siete, a las ocho entro en el estudio y ya no dejo la paleta hasta que ha concluido la luz, que es precisamente en este momento en que usted ha venido a verme; por cierto que aun no he tenido ni tiempo de lavarme las manos.

Habla Vázquez Díaz con una voz breve, bien timbrada, con una vocalización académica, elegante, como dictando en una supuesta cátedra. Se ve, asomándose al pasado, que éste debió ser hombre opuesto, de un dandismo especial y particularísimo.

En nuestra entrevista hay incisos, porque Vázquez Díaz también escribe y le divierte leernos sus cuartillas, la mayoría escritas sobre la historia de sus cuadros.

Hablando de retratos, le preguntamos que cuántas sesiones necesita para pintarlos.

—El que he terminado ayer, de una señora, han sido seis. Las sesiones para mí son de tres horas. Mayor tiempo llega a cansar mucho al modelo. Si éste resiste, como el caso de Zuloaga, cuando yo le pinté el retrato, hace unos años, puedo hacerlo en una sola sesión, que son cuatro o cinco horas. Estos serán siempre los mejores retratos.

—¿Hizo siempre lo que quiso hacer o lo que quisieron que hiciera?

—Yo quiero pintar siempre y pinto lo que verdaderamente deseo. No soy amigo del encargo, porque es donde el pintor tiene que conceder al cliente. No soy amigo de concesiones. Pinto el retrato de la persona que a mí me interesa pintar.

—Yo me refiero al principio de su carrera artística, a tiempo en que usted tramitaba un nombre.

—Mi vida en París, de 1906 hasta 1918, fué de grandes inquietudes económicas. Mis amigos Modigliani, Juan Gris y Picasso, con otros pintores, vivíamos de milagro, colaborando en muchas revistas francesas y americanas. Recuerdo "Je Sais Tout", que dirige Henry Barbusse...

En 1910 conoce a Rubén Darío, en aquella época llena de sopor y de borrachera de ajeno. Rubén funda la revista "Mundial". Le encarga a Vázquez Díaz los primeros retratos de los grandes hombres hispanoamericanos, que han de publicarse en la portada con glosas de Rubén Darío. El lápiz de Vázquez Díaz junto a la pluma que escribió "La marcha triunfal". Es toda una alternativa, todo un doctorado. La tranquilidad económica de Vázquez Díaz empieza. Rubén le ha asignado un sueldo digno, decoroso. En los márgenes de tiempo libre, podrá dedicarse a su pintura.

—¿Qué color es el que le gusta más?

—Siempre tuve, como color de mi preferencia, el blanco. Mucho se ha escrito de mí, acerca de mis colores grises y de mis armonías frías, pero en estos últimos años he encontrado en el rojo —color

odiado por mí anteriormente— un regusto tal, que casi todas mis composiciones actuales están combinadas a base de este color. Recuerde usted en la última Nacional de Bellas Artes el cuadro "Don Francisco sentado en su sillón rojo", donde domina el color rojo, naturalmente.

En la Sala Vilches, del edificio España, hemos visto expuesto un retrato de Manolete pintado por Vázquez Díaz. Al hablar del retrato, don Daniel nos dice que conoció al torero en 1944, en la plaza de toros de Madrid.

—Ocupaba yo el burladero de la Diputación de Madrid. Desde allí vi torear a Manolete. A los pocos días me lo presentaron en el Hotel Victoria. Hice croquis, apuntes para el retrato y dos cabezas, material que se publicó en la revista "Vértice", cuando el banquete de "Lhardy". También se publicó un dibujo de cuerpo entero y un estudio de color del traje tabaco y oro que Manolete se encargó expresamente para complacerme a mí.

Hablemos del hombre.

—Como hombre, Manolete era tranquilo, sencillo, de una misteriosa psicología. Tenía una distinción innata y particular. Muy tímido y de pocas palabras, que a veces eran sentencias.

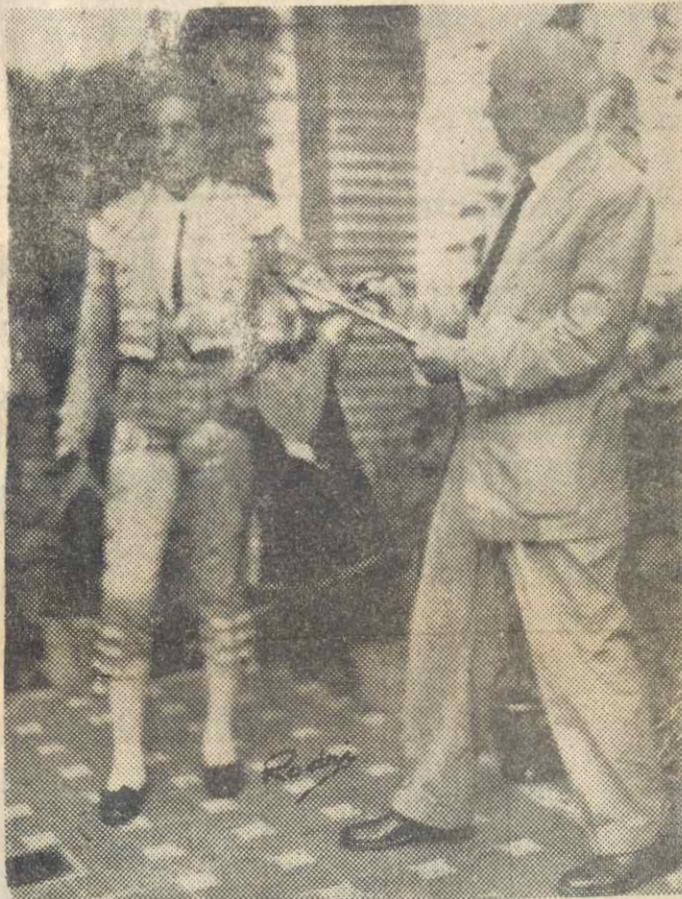
Y, para concluir, damos un paseo por el estudio, que está en la segunda planta, congestionado de caballetes, donde hay lienzos empezados y maniqués que tienen talegullas negras y rojas que le sirven para crear esos toreros de la generación del 98, vanicios y llenos de carácter.

Vázquez Díaz, cordial, caballero de cortesía que ya no vamos teniendo, se queda en su estudio.

Ahora ya podrá lavarse las manos.

MARIANO GOMEZ-SANTOS

11. 11. 1954



Vázquez Díaz toma apuntes para un retrato del "Litri"